

EL LABERINTO Y EL HILO

LA CIENCIA CONDUCE A LA INDUSTRIA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

A principios de este año, en la gran sala de conferencias de la Unesco, en París, se reunieron alrededor de una mesa redonda ocho sabios procedentes de diversos países y culturas del orbe. Todos esos hombres ostentaban el Premio Nóbel de su especialidad. La humanidad frente al progreso técnico y científico fue el asunto en torno al cual hablaron y cambiaron puntos de vista. La conclusión fue tajante: del hombre depende el porvenir de la especie, la desaparición del rastro humano de la superficie del globo o el esplendor de un bienestar absoluto, el "fin de semana de cinco días" que anuncia el desarrollo de los nuevos métodos de producción para el "homo sapiens". Si el mundo se suicida en una guerra atómica, la ciencia no será responsable de tal holocausto, porque el investigador no descubre las nuevas energías con fines políticos o bélicos. Lord Boyd Orr, eminente médico británico, promete una nueva era de dicha si la población de la tierra se da cuenta de lo que puede hacer en su beneficio empleando para la paz los adelantos que surgen de los laboratorios. "La ciencia es inocente", proclamó ahí el italiano Daniel Bovet, para quien la labor científica es parte de la cultura, sosteniendo que toca a los gobiernos utilizar ese acervo para mejorar la condición humana.

Todos los sabios coincidieron, en aquella cita, en decir que es obligación de los gobiernos planificar y estimular la ciencia pura, dedicada a lucubrar y crear nuevos medios de vencer la penuria y la muerte. El inglés Blackett, notable especialista en rayos cósmicos, precisa la situación del saber en tres etapas: la ciencia tal como la concibe y ejecuta el investigador (ciencia pura, la ciencia como cúmulo de conocimientos susceptibles de ser aprovechados (ciencia aplicada) y la ciencia como poder de dominio sobre la naturaleza (ciencia industrial). El peligro, a juicio del sabio citado, es que por la aplicación y el desarrollo productivo de los conocimientos se descuide la primera etapa del proceso, estancando el enriquecimiento cultural universal y, lo que es peor, reduciéndolo a una pequeña parcela del mundo, en tanto el resto de la humanidad continúa sobreviviendo en la miseria. Su conclusión es generosa y desprendida: los países ricos deben rellenar el abismo que existe entre ellos y los países pobres, ayudando en éstos a la ciencia pura, primero, y luego a la ciencia aplicada y la explotación final. El único camino es, para él y para sus colegas de la mesa redonda de París, un sano dirigismo hacia la industrialización mundial, lograda sin fines políticos y como inversión desinteresada.

¿Quiere el hombre eliminarse para siempre, en medio de los más atroces padecimientos? No, han dicho los ocho sabios reunidos. Ninguno de ellos cree que ese sea el futuro. Tienen, todos ellos, la convicción de que la humanidad escogerá el camino de su continuación en la conquista de la felicidad gracias a la cultura. Elegida la vida, ¿qué queda por hacer? Solidaridad del hombre con el hombre para erradicar la enfermedad, el hambre, la ignorancia, la pobreza, los vicios y las cadenas que lo inmovilizan física y moralmente. Búsqueda, en suma, de la elevación del nivel de vida en todas partes, del fin del sistema de pueblos siervos y pueblos amos, de la liberación de los grupos nacionales aherrojados a la producción de unas pocas materias primas, de la dignificación por el trabajo bien remunerado, racional y eficiente, etc. Se dirá que se trata de sueños, pero no olvidemos que son los pronósticos de ocho personalidades que han contribuido poderosamente al hallazgo de fórmulas y principios que han hecho posible el adelanto material y económico de sus países. Pensar que es esa la previsión de unos cuantos ilusos es refutar con una mentira comprometida una verdad que emana del espíritu mismo de nuestro tiempo.